

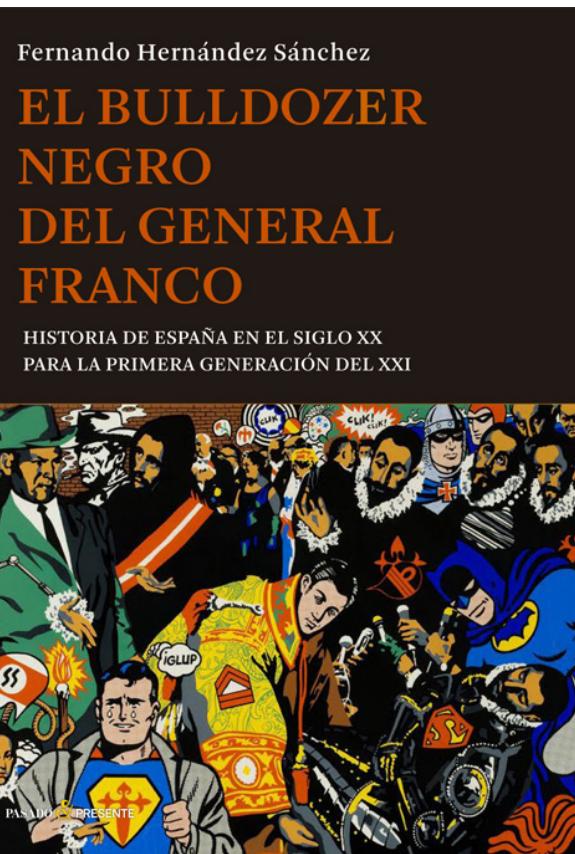
El bulldozer negro del General Franco, de Fernando Hernández*

José Ramón González Cortés
Profesor de Enseñanza Secundaria-GEHCE

La obra de Fernando Hernández plantea una aproximación crítica y pedagógica a la Historia del Presente español, con especial atención a la dictadura franquista, insertándola en el contexto internacional. Y es en ese proceso de engarce de lo particular con lo general y de la historiografía con los aspectos didácticos donde este libro alcanza uno de sus principales logros.

El profesor Hernández considera que aún no se ha normalizado el estudio del *corto siglo XX* español por parte de las últimas generaciones, incluidos los estudiantes de secundaria y bachillerato. Y no solo por el amplio temario de los cursos en los que se desarrolla la Historia contemporánea y la del presente, también por su ubicación al final del programa, lo que implica que haya poco tiempo para desarrollarlo. Además, la mayoría de los manuales y los medios de comunicación dibujan el pasado reciente —etapa que se extiende desde la Guerra Civil hasta la Transición— de forma idealizada, y a ello se añade el hecho de que para algunos profesores y alumnos resulta un período incómodo de tratar.

Fernando Hernández defiende que la sacralización del pasado inmediato y los reparos a la normalización del estudio de la Historia del Presente español están vincu-



lados al origen dictatorial del sistema político actual. A diferencia de las democracias alemana e italiana, que surgieron de la lucha contra el fascismo, la española nace del franquismo. En vísperas de la transición, España se encontraba agotada económicamente y fracturada social y políticamente. La dictadura se sustentaba en el adoctrinamiento de las mentalidades, la despolitización, la intimidación policial y militar, la represión, cierta relajación de las costumbres y el recuerdo paralizante de la Guerra Civil.

* Fernando Hernández Sánchez, *El bulldozer negro del General Franco: Historia de España en el siglo XX para la primera generación del XXI*, Barcelona, Pasado&Presente, 2016, 221 pp.

Estas y otras sombras oscuras que el franquismo ostenta y que se han proyectado sobre el presente rara vez aparecen en los libros de texto. Y si son mencionadas, se justifican como un mal menor, inseparable de la consecución de la democracia. O tienden a dulcificarse, mediante «lugares comunes» que Hernández se encarga de desmontar respaldado por las últimas aportaciones historiográficas y por una acertada selección de documentos audiovisuales. Dichas revisiones historiográficas, que a su vez poseen un enorme recorrido didáctico, constituyen la segunda gran contribución de este trabajo.

En la actualidad, no se puede obviar que se ha construido una narración edulcorada cuya finalidad última ha sido normalizar el actual ejercicio del poder por parte de aquellos que carecían de legitimidad democrática. Tienen su origen en una dictadura inicialmente fascista y totalitaria que se sustentó, desde sus inicios bélicos y hasta el «final biológico» del dictador, en la represión y en el control por parte de una élite económica, militar y religiosa. Esta versión autocomplaciente nos habla de acontecimientos dolorosos, pero catárquicos, y de personajes casi legendarios. Y de forma simultánea se han obviado sucesos y procesos que no comulgán con esta visión maniquea del *corto siglo XX* español.

Fernando Hernández arranca este proceso de deconstrucción de tópicos oficiales con una revisión del desastre del 98, y para ello recalca los aspectos positivos que la repatriación de capitales cubanos suscitó en el desarrollo industrial peninsular; y valora el alivio que supuso para las clases populares el final de la guerra, pues vieron cómo sus hijos fueron sacrificados en el conflicto caribeño, y cómo la oposición popular forzó, a partir de 1911, un reclutamiento militar menos discriminatorio.

La supuesta generosidad de Alfonso XIII

al marcharse al exilio se observa con otros ojos cuando se constata su temprano apoyo a formaciones antirrepublicanas, su labor de intermediación con el fascismo italiano para armar a los grupos de acción ultrade-rechistas, o su petición directa a Mussolini, en julio de 1936, para que entregara aviones a los golpistas.

Pero el desmocche crítico comienza a hacerse más intenso a medida que se acerca al acontecimiento más significativo de este período. Por su trascendencia política, demográfica, socioeconómica y cultural, la Guerra Civil es central en el devenir del pasado reciente. La necesidad, por parte de los franquistas y de sus herederos, de justificar el traumático conflicto y los acontecimientos derivados de la misma —la «necesaria» dictadura, el carácter quasi sagrado del dictador, la «deseada» restauración borbónica y la «idealizada» transición—, les llevó a acuñar un catálogo de ideas estereotipadas que aún gozan de predicamento y que han contribuido, de forma significativa, a la pervivencia del franquismo sociológico. De este modo, la insoportable violencia republicana que se arguyó para justificar la intentona del 36 se diluye como un azucarrillo cuando el autor, basándose en las investigaciones más recientes, afirma que el 65% de las víctimas de violencia política se produjeron durante los gobiernos radical-cedistas y especialmente como consecuencia de la represión asturiana. El carácter antirrepublicano y contrarrevolucionario de dichas fuerzas nos ayuda a comprender la endeblez de dicho tópico, que, sin embargo, se repite hasta la saciedad en los medios de comunicación, en los libros de texto e incluso en conversaciones familiares o entre amigos.

Para cargarse de más justificaciones, los contrarios a la débil democracia republicana y a su intento de modernización la acusaron de ser una marioneta comunista que

pretendía acabar con las raíces cristianas occidentales e implantar un sistema revolucionario. Para rebatir dicha aseveración, el autor, que es un experto en la Historia del Comunismo español, evidencia que paradójicamente el estallido del conflicto sentó la bases para que el PCE viviera un espectacular crecimiento y acrecentara su influjo político, de la mano de la intervención soviética en la guerra. Dicha influencia no tendría como objetivo acabar con el estado republicano, sino reconstruirlo.

En torno al propio proceso bélico, los hagiógrafos franquistas empezaron a dotar a Franco de un carácter sobrehumano que justificaba la concentración de todos los poderes en su persona. La atribución de características militares excepcionales que permitieron ganar la guerra vendría a reforzar la primacía castrense sobre el resto de poderes, y del ejército sobre el partido único. Pero, como expone Hernández, las victorias de Franco se entienden mejor en un contexto de intereses personales y guerra africanista, donde el terror sirvió para arrollar a unas fuerzas inexpertas y desarmadas. Cuando la República pudo poner en pie un ejército, el avance sublevado se frenó y el genial estratega priorizó los choques frontales, con un elevado coste de vidas humanas en ambos ejércitos y zonas. Con esa táctica de prolongación del conflicto, que fue criticada por sus aliados fascistas, Franco pretendió fortalecer sus aspiraciones sobre el resto del generalato y aniquilar, por décadas, cualquier atisbo de oposición.

El trauma demográfico del conflicto trascendió a los campos de batalla. La Guerra Civil fue la antesala de la Segunda Guerra Mundial, y en ella las potencias fascistas utilizaron España como laboratorio de pruebas. Sus ataques y la represión diezmaron la retaguardia y afectaron a cerca de medio millón de personas. Desde ese mismo momento y a lo largo de la dictadura,

los panegiristas franquistas desarrollaron un discurso de equiparación de culpas que conllevaba un «empate sangriento». La manipulación, ocultación y destrucción de documentos se utilizaron para mantener ese falaz argumento. En este sentido, el trabajo de Hernández consiste en cotejar las cifras más actuales sobre el proceso represivo y la imagen que reflejan dichas investigaciones no puede ser más desigual. Es dispar en su naturaleza, pues mientras la represión en las zonas controladas por los sublevados formó parte intrínseca de su proceso de consolidación militar y depuración política —en palabras del autor «un plan de exterminio premeditado»—, la represión republicana incontrolada se atajó a partir de 1937. Muy diferente en el plano cuantitativo, pues la represión franquista supuso el 72,57% del total y fue especialmente intensa en las zonas arrasadas por los africanistas (44,5% de las víctimas franquistas). También remarca Hernández el hecho de que el 21,2% de las víctimas de la represión franquista lo fueron en zonas donde no hubo guerra. Y por supuesto es distinta en su periodización, pues la represión se extendió más allá del final de la guerra, a través del internamiento en campos de concentración, cárceles o en unidades de trabajos forzados, manteniendo vivo el terror que atenazó la disidencia.

La dictadura franquista implantada inicialmente era fascista. Y aunque su larga duración en el tiempo determinó ciertos cambios formales, algunos rasgos se mantuvieron invariables. El autor se hace eco de los estudios de Ángel Viñas para reafirmar el permanente carácter totalitario del franquismo (poder ilimitado de Franco; permanente exaltación del dictador; supeditación total del partido único y de las Cortes; predominio de la violencia estructural y negación absoluta de la lucha de clases). La propaganda franquista tras

la Segunda Guerra Mundial apostó por el apelativo autoritario para la dictadura. El matiz no es una mera cuestión semántica, pues pretendía dar un barniz de respetabilidad al régimen al comienzo de la guerra fría. Para reforzar ese carácter autoritario no fascista del franquismo se recurrió a la no participación plena de España en la Segunda Guerra Mundial. Dicha circunstancia se atribuyó a la sagacidad del caudillo. En realidad, el motivo por el que España no se incorporó completamente al conflicto hay que buscarlo en la negativa de Hitler de ceder a Franco el control del territorio colonial norteafricano y no en la grave situación económica española.

La vocación de la dictadura de perpetuarse propició la elaboración de numerosas aseveraciones en torno a la figura de Franco que rozaron el paroxismo. Hernández tira de fina ironía para zaherir el carácter mesiánico de Franco como «vivaz» economista que lo mismo impulsaba la autarquía como asumía, tras dos décadas de empobrecimiento, los principios aperturistas del desarrollismo. Pero también recurre a un profundo conocimiento de la historia de las instituciones y medidas asistenciales para desbaratar la falacia de Franco como creador de la «Seguridad Social». El franquismo se limitó a asumir algunas de las medidas ya tomadas por los gobiernos anteriores y a darle un cariz paternalista que reforzara la comunión «en lo asistencial» del Franco con los «productores» españoles. El autor asevera que nunca la Seguridad Social franquista fue universal y desmiente de forma contundente la preocupación del régimen por estas cuestiones, al señalar que el gasto social osciló entre el 6,74% de la riqueza nacional a finales de los sesenta y el 11,66% en 1975.

Igualmente obscura es la afirmación —también muy repetida hasta época reciente y que se utilizaba para reforzar la pureza

moral de la dictadura frente a las corrupciones políticas actuales—, de que «Franco pudo meter la pata, pero nunca la mano». Hernández sintetiza las últimas investigaciones al respecto y demuestra de forma fehaciente que la corrupción fue consustancial al régimen y que el dictador fue uno más de esos corruptos que no solo se enriqueció, sino que también utilizó la corrupción para reforzar la lealtad de sus subordinados. El dictador «sin mácula» se manchó con el dinero procedente de los donativos a su causa, al obtener grandes beneficios de la venta de café brasileño y mediante el soborno mensual que recibía de la ITT. La corruptela se muestra así casi como un hilo conductor de los gobiernos del *corte siglo XX* español, desde los gobiernos del sistema canovista, hasta la mayoría de los gabinetes de la restauración borbónica actual, pasando por los manejos de los radical-cedistas y la corrupción inherente a la dictadura franquista.

El libro cierra ese repaso exhaustivo sobre esos mantras asumidos como axiomas, con dos aseveraciones ciertamente chocantes. Por un lado, la defensa de que el franquismo fue un largo período de placidez que los herederos políticos de la dictadura siguen repitiendo sin ruborizarse. Por otro, la canonización de la transición como un proceso modélico. Para desbrozar el trigo de la paja, el autor se hace eco de la intensa actividad represiva del franquismo y que se mantuvo desde el mismo inicio de la guerra y hasta después incluso de la aprobación de la constitución, dejando así en evidencia su carácter pacífico.

Este esfuerzo por parte de Fernando Hernández por realizar una revisión contrastada de la Historia «oficial» del Presente español aún no ha calado lo suficiente en los manuales de secundaria y bachillerato, pues siguen mostrando una visión muy superficial. Especialmente llamativa es la fa-

laz equiparación de responsabilidades en el origen de la Guerra Civil y en la represión que se desencadenó. Es casi inexistente la presencia en los libros de texto de referencias a la represión desarrollada durante toda la dictadura y tiende a reducirse la importancia cuantitativa de la violencia durante la transición. De forma contrapuesta, el milagro económico español tiende a desdibujar los sacrificios económicos de las clases populares. Y el tratamiento de la transición como un proceso idílico se mantiene casi incólume y a duras penas se aprecia el origen dictatorial de las instituciones actuales.

El discurso escolar no es ecuánime. Así, por ejemplo, en los manuales son muy escasas las referencias los procesos de reconocimiento y reparación de las víctimas del franquismo. Y aquí se encuentra la tercera contribución de este trabajo, pues ayuda a visualizar el «currículo ocultado» que numerosos docentes de secundaria tratamos de sacar a la luz. Me estoy refiriendo a esos contenidos cuya presencia en los libros de texto es inexistente o francamente insuficiente. Hechos, acontecimientos o procesos que resultan incómodos para el relato oficial y que debido a las últimas aportaciones historiográficas —a escala estatal o local—, a los denominados movimientos de recuperación de la Memoria Histórica —que han propiciado la visualización de numerosos testimonios centrados en la temática represiva, la excavación de numerosas fosas—, y a la voluntad de numerosos docen-

tes por trasladar al aula estos contenidos —recurriendo a diferentes fuentes como la historia oral, actividades extraescolares, visionados de documentales, lecturas de libros y novelas gráficas—. Hernández apuesta claramente por sacar de los márgenes ese currículo y desarrollarlo plenamente. Y a lo largo de este trabajo esboza algunos de esos temas velados: la pervivencia de más de cien mil desaparecidos en fosas; el olvido interesado sobre los campos de concentración y los trabajos forzados del franquismo; el devenir de los republicanos españoles exiliados tras el final de la Guerra Civil, su importancia en los movimientos de resistencia antifascistas y su paso por los *Lager*; la pervivencia de la represión franquista o neofranquista; la comprensión de las limitaciones y olvidos que conllevó la transición; y la memoria democrática de las víctimas.

La última de las aportaciones con la que se cierra este excelente trabajo de Fernando Hernández consiste, por tanto, en vincular el desarrollo de sociedades plenamente democráticas con el conocimiento por parte de los escolares de los procesos históricos contemporáneos en los que hunde sus raíces el presente. La comprensión de la Historia del Presente debe ayudar a los estudiantes actuales a adquirir la madurez cívica que los convertirá en los ciudadanos del futuro. Es la única manera de evitar que el *bulldozer negro* de cualquier dictadura regrese cada generación para cubrir la historia de desmemoria.